

## NARRATIVA

**Escribir para no morir**

BLAS MATAMORO

«Otumba»,  
Rafael Flores.  
Editorial Bitácora.  
Madrid 1990, 157 págs.

**O**h tumba», exclama el título de modo autónomo, indeliberado. Porque esta historia es una junta de sombras, este cuento es un recuento de muertos: desaparecidos, fusilados, suicidados, muertos en «enfrentamientos» y combates, torturados. Gente que parece haber escogido la muerte para encontrarse con el narrador. Aún más: Alfredo Beltrán, un antiguo amigo suyo, borrado por el suicidio, sigue hablando desde la muerte y ocupando una parte del libro, por medio de unos cuadernos que ha dejado como decir póstumo en la lectura que comparatos a través del libro. Libro segundo, si se quiere, eco de la voz que un libro primero salva de su propia desaparición, manteniendo a su misma suerte.

«Otumba» es, además, una novela erótica sobre la escritura y la muerte. Se va construyendo a medida que se producen los

reencuentros del narrador con muertos y vivos, a golpes de la recuperación de ciertas mujeres, hondamente consentidas y perdidas, luego, en la estable querencia de otro hombre. Así como aparece el secuestrador que se lleva al narrador a la cárcel, aparece un tercero que se lleva a sus mujeres a la tranquila prisión del matrimonio y, por fin, aparece el lector que se lleva el texto a su casa para someterlo a su arbitrio.

Como el protagonista de esta novela, un anagramático Roberto Ferreyra, la escritura seduce en un juego de destape que es, a la vez, ocultamiento, dado que la palabra es, respecto al cuerpo, una abstracción. La morosa descripción del falo penetrando a las mujeres que convocan al narrador es una metáfora de la escritura: es el que cuenta, demandado por la lectora supuesta, que la penetre con su cuento y que, enseguida, es dejado solo en el lugar que domina el silencio del abandono.

Otumba, lugar de memoria,

seducción y muerte, es la convocación de voces inventadas por la memoria. Madrid, una ciudad «real», el sitio donde el personaje vive habitualmente, es la capital del silencio. Es como si sólo un punto imaginario, virtual, impreciso, enmascarado con un nombre obviamente falso, sólo ese punto, pudiera mover el cuento desde un cuenco que es, al mismo tiempo, celda de prisión, ataúd y alcoba.

Rafael Flores encara esta completa sugestión con diversos tipos de discurso, desde la simulación del diario íntimo hasta la narración lírica, pasando por momentos a una descripción mínima y austera, como de cronista. El resultado es una meditación acerca de cierto tramo de la historia sudamericana, sobre la calidad ambigua del pasado, sobre la soledad y sobre la narración, entendida ésta como la sustancia seminal, ubicua, pegajosa, que sirve, al menos fantásticamente, para llenar los huecos de la muerte y el olvido.